

Félix Armando Núñez

El poema de los tilos

I

TILOS AL COMENZAR LA PRIMAVERA



PRIMERO es una tenue fantasía
de lavados verdores cenicientos:
decoración de misteriosos cuentos
con un tinte espectral en pleno día.

Filigrana de seda verde y blanca,
vasto enjambre de extrañas mariposas,
galerías de leche: sigilosas
felpas por donde algo polar arranca.

Sutil composición desvanecida,
excluye su armonía lo brillante,
y son un mundo próximo y distante
en que fantasmas hablan de otra vida.

Cosas trascendentales en su ambiente
alguna vez he oído: sugerencias
que el viento hace al follaje: narraciones
del viaje de una sombra a un vago Oriente.

Bajo la suave fronda, el aura yerra
con una honda fruición de encantamiento,
y es tan diáfano y puro el pensamiento
que parece fugarse de la tierra.

La Catedral prolonga su misterio
entre los tilos de hoja primeriza,
que con su palidez y su ceniza
dan a la Primavera un aire serio . . .

Un aire grave y lueño de imprevista
latitud silenciosa y hechizada,
de música en sordina: de morada
ideal para un ángel o un artista . . .

Yo ambiciono, alma mía, susurrarte
aquí las más aladas confidencias,
y en un río de exóticas esencias
hacerte comulgar con el sumo Arte.

Y que al ver la naciente primavera
bajo los tilos de esfumado verde,
con esta frase tu alma me recuerde:
—Nunca nadie me habló de esa manera—.

II

TILOS EN FLOR

Tilos en flor... Las claras mañanitas
de Concepción: las plazas perfumadas
para la Navidad, y las doradas
alegrías y noches infinitas.

Y el recuerdo tenaz de amables cuitas
que parece adherir, a las oleadas
de fragancia, y las horas deslizadas
en dulce dejadez o en vanas citas.

Y algo pascual de espíritu inocente,
de la ingenua visión que hemos perdido,
de la blanca bondad que hoy no se siente.

Y como el vivo aroma del tiempo ido,
sutil penetra corazón y mente
el olor por los tilos esparcido.

III

A Ramiro Troncoso.

TILOS EN VERANO

Verdes túneles de hielo,
altos tilos enlazados,
con movedizos forados
que filtran un fresco cielo.

Honda gruta del estío
en que canta alegre el viento,
remanso del pensamiento,
lecho azul del desvarío.

Gigantesca catedral
en cuyas sonoras naves
realza el coro de las aves
un oficio de cristal.

Y vivos brazos también
que mueve como al desgaire
la ágil batuta del aire
con delicioso vaivén.

Sutiles y raudas manos
sobre un teclado invisible:
invocáis el imposible
con nobles gestos humanos.

Y la sinfonía suma
que ejecuta vuestra fronda,
estalla como la onda
en burbujeos de espuma.

Y sois todo animación,
y ensueños, e ímpetus de ala,
como el efluvio que exhala
un inmenso corazón.

Un cuarto de siglo os vivo
en ausencia abandonada,
con la encina desterrada
junto al pehuén pensativo.

Y se entrecruzan en mi alma
vuestro blanco y verde hervor
y el penacho evocador
que eleva al azul la palma.

IV

TILOS DE OTOÑO

De Otoño la primera pincelada
en fugaz sueño de oro hunde el follaje,
y el tilo se hace el alma del paisaje
con su fronda de inmóvil llamarada.

Vasta copa de sol aun no apurada,
en ella nace el suave mediodía,
y el ambiente se ajusta a otra armonía
de lentitud profunda y encantada.

Traspasa el vivo resplandor tranquilo
el agua azul y el corazón absorto,
y el día inmenso nos parece corto
para embriagarnos de oro bajo un tilo.

Antes de despojar su copa, existe
por una hora exclusivo y delirante,
y adecuando su pompa a cada instante
acrisola el encanto de lo triste.

Una sensual delectación de seda
fluye de la hoja blanca y amarilla,
que volando en azul de maravilla
multiplica el silencio a la arboleda.

Como un diamante el sueño se endurece
en firme limpidez definitiva,
y hasta la muerte misma está cautiva
en la gloria del árbol que fallece.

Aurea copa otoñal, vivo a tu amparo,
suspensa el alma en grave plenitud,
este ciclo de ensueño, breve y claro,
como un último amor de juventud.

Concepción, Chile.